

BLUES DE LOS CUCHILLOS

PEDRO ANTONIO CURTO

© Pedro Antonio Curto, 2021
© Iliada Ediciones, 2021
ISBN: 9798733886527

www.iliadaediciones.com

ILIADA EDICIONES
Heidebrinker Str.15
13357 Berlín
Alemania

Maquetación: Tobías S. Hirsch
Edición/Corrección: Lauren T. Hope.
Portada: MJA –AV Kreativhaus UG

BLUES DE LOS CUCHILLOS

EL CIRCO

Yo fui bautizada con una salva de cuchillos. En el momento en que vi cómo venían hacia mí, clavándose alrededor de mi cuerpo, casi rozándome la piel, se produjo en mí un renacimiento. El metal llamaba a mi sangre, la hacía fluir, pero ese fluir era un caudal que llenaba mi interior. Era sentir la muerte aproximándose, pero en el momento preciso, liberarse de ella; ir al abismo y salir volando. Igual a una hemorragia que no manase de ninguna parte del cuerpo y cuya sangre te acariciase con un escalofrío.

Hasta ese momento yo solo existía, desde ese momento, tuve conciencia de vida. Tenía una soberanía sobre lo que me rodeaba, aunque desconociese cómo y hasta dónde podía ejercer esa soberanía. Creo que no se nace cuando abandonamos el útero materno, se hace años más tarde, en ese momento iniciático en el que se toma conciencia de ser.

En aquella época no lo sabía, pues apenas era una adolescente, pero entre existir y vivir sintiendo, hay una gran distancia; con la primera te limitas a estar, como un vegetal con la segunda estás inmersa en la tragedia y la alegría de la vida. Para mí ambas cosas comenzaron en ese instante.

El pequeño Fernando, escondido, se quedaba mirando cómo el hombre lanzaba los cuchillos. Los acariciaba, hacía que cada filo recorriese la palma de su mano; parecía que se miraba en ellos, igual que si fuesen una sucesión de espejos. Quizás buscaba reflejarse, reconocerse a sí mismo, hallar la seguridad, hablar tal vez con aquellos objetos. Se tratase de una u otra cosa, lo que venía luego era mirar al frente y lanzarlos al vacío, hasta que se clavaban en la diana circular. Fees, fees, fees..., así hasta siete veces. Los

ojos de Fernando trataban de captar aquel viaje veloz, pero era imposible, en apenas unos segundos, se habían clavado. Se comían el tiempo, masticaban los segundos mientras él permanecía sumergido en la perplejidad. De esa perplejidad nacía la magia; en esa magia encontró su admiración por el lanzamiento de cuchillos.

Era una admiración sin preguntas, que no significaba una admiración ciega. Al contrario, él volcaba en la observación, toda su lucidez de adolescente.

Luego de que se hubieran clavado, el lanzador se quedaba estático, mirando al frente, gesto satisfecho, salvo en esas ocasiones, excepcionales, cuando algo fallaba. Pero aquello era un ensayo y estaba precisamente para eso, corregir los fallos. Era luego de aquellos lanzamientos, cuando Yamile, que había sido una espectadora, se levantaba, y con un rítmico balanceo de sus coletas, desclavaba los cuchillos para devolverlos a su padre.

Durante las muchas veces que Fernando espiase al lanzador, era lo único que la niña se limitaba a hacer. Pero un día, Yamile se colocó en el sitio que solía ocupar su madre, al menos en los ensayos, cuando no lo hacían ante el público. Ella sería la diana. Se puso en la rueda, con las piernas y brazos en aspa, como tantas veces viese hacer a su madre, mientras el padre la sujetaba con correas a la superficie de madera. Luego, el hombre se alejó y volvió al ritual con el cual realizaba los lanzamientos.

A Fernando le pareció que en esta ocasión tardaba más, que acariciaba el acero de manera especial, para que, de alguna forma, el fallo no fuese posible. Pero quizás era la impresión del chico, poco acostumbrado a medir el tiempo, con lo cual aquellos segundos, en realidad fueran eso, unos segundos, y no un tiempo interminable. Cuando los lanzó, igual que las otras veces, volvió aquella música: fees, fees, fees... Y las puntas metálicas, en breves intervalos, se fueron clavando alrededor del cuerpo de Yamile, en los sitios precisos. Era igual que si cada una de aquellas armas, poseyera un cerebro o algún tipo de instinto para saber cómo acercarse al peligro sin traspasarlo.

Fueron en esos instantes, en cada momento que el cuchillo volaba hacia su destino, que Fernando descubrió su propio corazón. Un órgano que palpitaba, unos pálpitos que le asomaban a un lugar desconocido. Era reconocer otra naturaleza en él mismo.

En esa percepción —nueva y perturbadora— estaba el intento de captar el vuelo de los cuchillos, que en esta ocasión se agudizó por ser Yamile la colocada en la diana. En el interior de su cabeza se instaló una música: fees, fees, fees... Sonido que iba dibujando el cuerpo de Yamile.

Fernando miró a la chica de manera diferente. Hasta entonces la conocía, desde ese momento, la reconoció. Igual que si hubiese crecido de repente o se transformase en otra persona. Iba con ella al colegio del circo, un tráiler que hacía tales funciones y en un espacio tan pequeño, era imposible ignorarla. Pero no le prestaba mucha atención, su única diferencia con otras chicas residía en que era la hija del lanzador. A partir de que ella se colocase al otro lado de los cuchillos, adquirió una nueva categoría: Ser artista.

Ser artista para él, representaba una condición casi mística. Aunque Circus Primavera estuviese poblado de artistas, sus padres no lo eran. En el circo cumplían otras funciones administrativas la madre y los montajes y la publicidad el padre. A su corta edad, Fernando era un artista frustrado. Admiraba el mundo del arte, al que no tenía entrada por línea sanguínea, como otros, como ella. Por eso, luego de verla al otro lado de los cuchillos, la contempló de una manera diferente.

Esa contemplación —la mirada profunda del arte— no era casual; trataba de adivinar que la existencia, se podía sentir de otra forma. Aún eran balbuceos, pero balbuceos de artista: sus manos bullían en la aspiración de manejar los cuchillos. Una aspiración que se convertía en desafío. Sin poder alcanzarlos todavía, se dedicó a espiarlos con intensidad. Se estaba convirtiendo en el chico-espía.

Tuve miedo. Esperé. Llegó el primero y me liberé. Esa liberación me produjo alegría; un abandonarse hasta entonces desconoci-

do. Morir y renacer. Pero vino el segundo y me angustié; el estómago se me contrajo; reconocí a mi estómago. En el intervalo, de apenas unos segundos, me invadió la intensidad de lo que era la preparación en el lanzamiento de cuchillos. Descubrí que el tiempo, los segundos, existen, que incluso se los puede nombrar. ¿Qué nombre tienen los segundos? En ese preciso instante, precipicio. Y el segundo lanzamiento me llevó a ese precipicio. Y el tercero. Y el cuarto... Así hasta el séptimo. Con cada uno de ellos se repetía el proceso, hasta llegar al final. Con el final, la liberación, el éxtasis.

Acababa de conocer el éxtasis. Tenía un sabor tan fuerte que me desarmaba. Al éxtasis no se le nombra, se le siente. Es lo que yo acababa de hacer, sentirlo bajo la piel. Acababa de instalarse, y allí, aunque no lo supiese con seguridad, percibía que no podría desalojarlo, que siempre pediría más. Sería una plenitud. Y lo complejo sería la búsqueda de esa plenitud.

No se lo dije a mi padre, pero luego de aquello, era como si los cuchillos hubiesen acabado con lo que hasta ese día fuese mi infancia, incluso una adolescencia a la que apenas acababa de llegar. En adelante sería otra cosa. Además, estaba el chico-espía. Me estaba mirando y a partir de aquel día, iría a todos los ensayos. Era la mirada que yo necesitaba, una mirada que viese mi éxtasis. Una mirada que se inició el día que me coloqué bajo una salva de cuchillos, pues antes me miraba de otra forma. Comenzaba también, sin saberlo entonces, mi trabajo para convertir esa contemplación pasiva del observador, en unos ojos y manos activas.